Año X — Barcelona 21 de Mayo 1913 — Epoca 4.ª—Número 162

Tierra y Libertad

Número suelto 5 céntimos | Redacción y administración: Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares..... 1 peseta
Suscripción: España un trimestre..... 1 peseta
» Extranjero » ..... 1'50 »

El alma de la revolución Mejicana

La revolución actual de México, como todas las revoluciones y todos los movimientos populares, tiene alma y tiene historia; tiene sus traidores y tiene sus héroes. Es digno de figurar entre las más grandes empresas humanas, en donde se ha luchado para la liberación de los pueblos oprimidos.

El alma de la revolución mexicana se encuentra en el campesino indio, en el «peón» que riega el suelo fecundo, encorvado detrás de las yuntas de bueyes, y que habita alrededor de las «haciendas» en chozas de adobe, y que se nutre casi exclusivamente de maíz, y que cubre su cuerpo con una miserable «serapia».

Esta gran masa de esclavos, sumida y resignada desde la dominación española, se sintió heredera y alimentó esperanzas de redención al oír las palabras fogosas de libertad de los labios de un puñado de soñadores que predicaban ideas de igualdad y de justicia.

Fué un esbozo emancipador que iniciaron en la capital de México un grupo de jóvenes entusiastas, y que halló eco en los corazones de los trabajadores del campo, recordando las tradiciones libres y rebeldes de los valientes Azrecas.

Y la revolución estaló, y la dictadura de Porfirio Díaz cayó en mil pedazos. Y otro tirano se encumbró de nuevo, y otro Bruto asesinó a César, pero la revolución continúa su camino, magestuosa, radiante de luz emancipadora, lu hándose en el Sud y en el Norte, teniendo constantemente en jaque a las tropas gubernamentales, y lo más hermoso, lo más trascendental de esta revolución, es la expropiación capitalista, la toma de posesión de todas las riquezas producidas por los trabajadores, y el cultivo de la tierra por y para los labradores, abolendo impuestos y derechos de propiedad, y declarando a todos los gobiernos enemigos del pueblo.

En la capital, los políticos ambiciosos y traidores han triunfado, porque la capital de México está compuesta de un pueblo degradado, que se adapta a todas las tiranías, porque el vicio y la embriaguez lo domina todo, pero en el campo, la idea de «Tierra y Libertad», ha echado raíces, y nadie puede negar que allí existe la verdadera revolución de los esclavos.

Decidles a aquel puñado de soñadores que inició el movimiento emancipador, que la revolución expropiadora ha fracasado, que es una ficción que no existe, y os contestarán con una sonora carcajada.

Decidlo a los «hacendados» y a los funcionarios públicos, que no existe la tal revolución expropiadora en México, y os contestarán con un gesto de incredulidad.

De vinos a nosotros que en México no hay anarquistas, y que la revolución actual no tiene nada que ver con Pan, Tierra y Libertad, y os contestaremos que, o bien desconocéis completamente el movimiento, o os habéis convertido en «refractarios» de la acción revolucionaria.

Ni la prensa capitalista mexicana y norteamericana ha podido ocultar los actos de expropiación y las ejecuciones que realizan los libertarios, en contra la propiedad privada y los mandatarios.

Hace pocos días recibimos una carta de un viejo libertario mexicano, de los que laboraban con Guerrero y con nosotros, o guiando el movimiento revolucionario expropiador, hace algunos años; uno de los que han luchado con una gran valor y un gran sacrificio, derramando su sangre en los campos de combate, y privado de libertad por espacio de un año en la cárcel de la capital de México. He aquí lo que nos dice este bravo luchador:

«Querido camarada: Salud. Tengo gran placer en dirigirme a uno de mis viejos compañeros, después de haber estado privado de hacerlo, por estar en las ergástulas de una celda carcelaria durante largo tiempo.

«Hace pocos días que arribé a esa ciudad, donde como siempre, me he dedicado a organizar un grupo para lanzarnos de nuevo a la lucha.

«Estuve también en el estado de Morelos, en donde abrazé a los rebeldes que luchan por nuestra misma causa. (Se refiere a Zapata y a sus compañeros). Pero necesitamos extender la acción, y más en el Norte, para poder barrer a los enemigos de la capital y plantar nuestra bandera roja en Chapultepec.

«En mi regreso de aquel lugar, después de algunas semanas de demora, por descompostura de la vía férrea, obra de nuestros grupos volantes, llegué por fin el 9 del presente a esta ciudad, en donde tengo la intención de permanecer breve tiempo, con el objeto de combatir al gobierno del machetero Huerta, lo mismo que hemos combatido a Porfirio Díaz y a Madero.

Espero de tí, y de los otros camaradas, no nos olvidéis en esta gran lucha que sostenemos por Pan, Tierra y Libertad.

Tuyo y de la Revolución Social,
X. X. X.»

Este querido compañero mexicano como otros que hemos conocido, los cuales han despertado en nosotros un cariño intenso por su valor, honradez e inteligencia, y por concebir los mismos ideales nuestros, nos han inspirado una confianza ilimitada en el movimiento económico que están realizando por los campos mexicanos.

Estos compañeros luchan por un ideal y le brindan sus vidas, su libertad, porque son sinceros revolucionarios, prefiriendo morir matando y dar el ejemplo a los esclavos, tomándolo «todo o nada».

Y el ejemplo de estos hombres hace prosélitos entre los campesinos indios; hace nacer la fe en un ideal grande, convirtiendo a los esclavos en rebeldes destructores de todo lo existente, para sembrar los campos de semilla emancipadora.

Y en presencia de estos gestos rebeldes y de estos esfuerzos de liberación humana, hay quien se entrega a ciertas reservas mentales, dudando o negando que en México exista una revolución proletaria, con tendencia anarquista. Pero nosotros que hemos visto la abnegación de la anciana rebelde, pasando explosivos ocultos en sus pechos, para darlos al hijo que debía hacer saltar a pedazos los vestigios de la tiranía. Nosotros que hemos visto jóvenes resueltas preparar las armas y animar a sus novios y hermanos, compartiendo con ellos los azares y los peligros de la lucha, y de las persecuciones, no podemos dudar ni de sus actos ni de sus propósitos emancipadores.

A nosotros no nos importa que estos luchadores no sepan leer ni escribir (aunque muchos se engañan y exageran, ni tampoco queremos saber si han oído hablar de los libros de los anarquistas Grave, Kropotkin u otros profundos filósofos del ideal.

Nos basta saber que estos esclavos mexicanos sienten ansias de libertad, y que para conseguir sus propósitos emancipadores empiezan por destruir todo lo que les estorba, ya sean leyes, religión, gobierno, propiedad privada, etc.

Que el movimiento de los peones mexicanos no es completamente anarquista; que en los cerebros de estos luchadores quedarán todavía muchos prejuicios atavicos, nadie lo duda. Se trata pura y simplemente de una revolución económica, para llenar las necesidades que sienten los hambrientos, los desposeídos, pero con tendencia a desarrollarse una gran transformación social, la cual no se detiene con nuevas reformas de gobierno, sino que los sencillos campesinos han concebido ya una sociedad libre de solidaridad, de apoyo mutuo, que llegará a perfeccionarse al triunfar en la lucha, dedicándose después en la cultivación de sus mentalidades y en la realización de sus ideales emancipadores.

Hay quien no cree que un pueblo analfabeto pueda dirigirse hacia la revolución social, sin antes pasar por el puente evolutivo de la política, no haciendo otra cosa que imitar a los socialistas parlamentarios y a otros farsantes que constantemente predican que no ha llegado la hora para la revolución, mientras ellos se han emancipado individualmente de las necesidades que todo desheredado siente en la actual sociedad.

Decidles a los «peones» mexicanos que en vez de empuñar un fusil y luchar por su pan y libertad, deben de usar el voto para encumbrar a nuevos tiranos, y a buen seguro que a tenernos al alcance de sus armas os mandarían al otro mundo por creeros agentes de la nueva dictadura.

El alma de la revolución mexicana es virgen, es el resurgimiento de la raza india que destruye los vestigios tránsitos de la falsa civilización, dando oportunidad a los anarquistas para implantar la ideal filosofía de la completa libertad humana.

Y nosotros, en vez de criticar a estos luchadores, los animamos en la lucha, y los ayudamos con nuestras fuerzas, ya que vemos en este movimiento un principio de lucha abierta contra todo lo existente, en donde se destruye y se niega todo lo legal, todo lo sagrado, todo lo establecido, siendo la primera revolución en el mundo en donde se lucha por la completa emancipación del hombre.

J. VIDAL

Observación importante

Antonio Zozaya, en su «El libro del Saber doliente», demuestra las siguientes afirmaciones, actualmente oportunísimas y merecedoras de fijar la atención de los trabajadores, como complemento de las recientes denuncias de los socialistas alemanes:

«1.ª Lo que hoy se ventila en el mundo no son las nacionalidades ni las formas exteriores y hueras de gobierno, sino la llamada cuestión social.

»2.ª El abandono de los problemas sociales ha creado el escepticismo y la indiferencia en torno de las banderías políticas, de los discursos y de los programas.

»3.ª Un movimiento en que no entre para nada el problema social, el magno asunto del reparto y del consumo de la riqueza, no puede ser secundado por la clase trabajadora.

»4.ª Los pueblos comienzan a despertar; su bandera no puede ser la de los banqueros barceloneses o de los fabricantes de Tarrasa y Manresa, ni la de los mineros capitalistas de Vizcaya.»

De los abanderados burgueses dice:

«No puede haber solidaridad entre explotadores y explotados. No es posible ostentar a un tiempo la representación de los industriales que en Cataluña hacen trabajar por dos reales doce horas a niñas de nueve años lo mismo que a las madres de esas pobres niñas, destinadas a ser carne de fiera... Los más ricos mineros de Vizcaya instalan cantinas, en donde se obliga a comprar a los trabajadores alimentos podridos a precios fabulosos; desdichado hay que en diez años no ha visto el dinero, resignado ya a percibir su estipendio en vales..., a la orilla del río arrastran las mujeres, en la obscuridad de la noche, jadeantes, la carga, y el campesino montañés se alimenta con raíces, patata y borona, mientras los apellidos vascos representan en todo el mundo ostentación, despilfarro y riqueza.»

Ya hace tiempo circuló mi artículo «Ni catalanistas ni bizcaytarras», recordando a los trabajadores vascos y catalanes, de acuerdo con los estatutos de La Internacional» que «la emancipación de los trabajadores no es un problema local ni regional, añadía), ni nacional», y que mal pueden ser nuestros emancipadores quienes, además de explotarnos en sus fábricas y en sus minas y lejos de constituir al Estado por lo que como tal institución tiene de absorbente, tiránica y estacionaria, aspiran a recortar de la nación trozos regionales para fundar con ellos Estados más pequeños, en que se reservan el papel de legisladores y gobernantes.

En Vasconia y en Cataluña hay un proletariado que aspira a solidarizarse con todos los trabajadores del mundo, que no está dispuesto a luchar por una nueva clase de amos, y que no quiere convertir su lenguaje regional en cadena atávica de errores y preocupaciones; antes al contrario, estima mucho más una excitación en esperanto a la conquista del patrimonio universal, que una rencorosa arenga en catalán o eúskaro contra «castellanos» y «maketos», de esas que rebosan odio y bravuconería contra los que viven tras unas fronteras imaginarias, que no tienen ni tendrán jamás realidad geográfica ni política, ya que ante el progreso ni las que esa realidad tienen han de prevalecer.

Exacta e interesante es la siguiente definición del catalanismo que en dicho libro hace Zoraya:

«El catalanismo no es popular; es un afán que olvida los deberes de humanidad, que lucha por el monopolio y combate por la exención tributaria y el arancel, y es incapaz de comprender las altas ideas de justicia, igualdad y enaltecimiento de los humildes. La patria chica es un concepto chico y es de grandeza de lo que tienen hambre y sed los que sufren.»

Con la mayor complacencia transmito las presentes notas a mis compañeros los trabajadores en general, y en particular a los sindicalistas y anarquistas vascos y catalanes, por considerarlas dignas de ser conocidas y comentadas por los asalariados que, en Vasconia y Cataluña, en toda España y en todo el mundo, arrastran la cadena del llamado derecho de accesión, víctimas de propietarios y capitalistas.

ANSELMO LORENZO

La paz armada

Frente a frente

Dedicado a los humanos

Un día vióse un desconocido presentarse al ministerio de una gran potencia.

—Conducidme, dijo, delante una autoridad capaz de comprenderme. Tengo que hacer una comunicación importante.

—¿De qué se trata? le preguntaron.

—De aviación. He hallado una cosa nueva en aviación militar y quiero vender mi invención, la cual provocará, ciertamente, una revolución en la técnica de la guerra, al mismo tiempo que un trastorno en todo el armamento militar. El que llegare a poseer mi secreto tendrá una superioridad aplastante sobre sus adversarios. En tiempo de guerra tiene la victoria asegurada. He ahí.

Todos se regocijaron, y sin tardar el visitante es puesto en presencia de un general. Este, radiante y ofreciéndole un asiento, le pregunta:

—¿En qué consiste su invención?

—En un tipo de dirigible, elevándose en el espacio con todo un equipaje, pudiendo permanecer en él durante cien horas y soportar la lluvia, el viento y la tempestad. ¿Quiere usted adquirirlo?

Y tan pronto hubo recibido la palabra de honor del general de que no abusaría de la confianza que le otorgaba, el inventor desarrolló sus planes.

—Sí, dijo el general, después de haber tomado nota de ellos. Tiene usted razón... Está bien así. ¿Cuánto quiere usted?

—Un millón.

—De acuerdo, dijo el delegado del ministerio a tal punto emocionado que abrazó al inventor. He aquí un cheque que presentará usted al banco. Un millón redondo. Crea usted en mí. Siempre que encuentre algo nuevo, venga usted aquí.

—Tengo ya alguna cosa, dijo maliciosamente el desconocido. Una pequeña cosa verdaderamente sorprendente.

—¿Pues, qué?

—He inventado un cañón que puede sin gran esfuerzo desalojar mi dirigible del espacio, haciéndole caer a tierra la cabeza adelante. Con él, el balón no tiene ninguna clase de salvación.

—Escuche usted, dijo el general malhumorado. ¿No tiene usted vergüenza? Inventa un dirigible extraordinario e inmediatamente después un cañón para destruirlo. Dispénseme, pero me parece bien ilógico.

—¿Lo cree usted? dijo sonriendo el inventor. No obstante, reconoce conmigo la necesidad de transformaciones continuas en la técnica militar, la necesidad de no quedar estacionados y de ir siempre en busca de lo mejor en los armamentos de guerra.

—¡Hum!... En realidad es así o aproximadamente como suceden las cosas, lo confieso. Y habría ciertamente admitido que otro hubiese inventado su cañón y venga a ofrecérmoslo.

—¡Qué fanfarronada! Como si eso no tuviese importancia. ¿Prefiere usted que le deje algunos instantes, el tiempo preciso para hacerme afeitar los bigotes y cambiarme de corbata, vuelva después y le presente mis salutaciones como si no nos hubiésemos visto nunca? ¿Lo quiere usted?, salgo.

El general mostróse algo molestado, pues no era tonto y sabía muy bien la inutilidad de semejantes juegos de niños.

—Tiene usted razón, concluyó, y no tengo más que inclinarme. Debemos comprar su cañón, si no queremos—lo que es siempre su derecho—que lo ofrezca a otros. ¿Cuánto vale?

—Un millón.

El general entregó un nuevo cheque de un millón al inventor y golpeándole el hombro con convicción:

—Es usted un hombre remarcadamente dotado.

—Sí, sin duda, dijo el desconocido sonriendo. Soy un hombre bien dotado.

—Pero inventar un cañón tan terrible, sembrando la destrucción de manera semejante...

El inventor objetó modestamente:

—Terrible... si se quiere. Me halaga usted. En realidad no es indotable.

—¿Cómo? Tanto como he podido averiguarle por sus dibujos...

—En efecto; podría ser peligroso para mi dirigible. Pero...

Volvió a sentarse dirigiendo maliciosas miradas a su interlocutor.

—Pero ¿qué diría usted si le revelase un pequeño secreto pudiendo serle muy útil? He hallado para el dirigible, que es mi obra, una coraza tan proporcionada, tan sólida, que le pone al abrigo del más pequeño rasguño de parte de mi cañón.

—¿Quiere usted volverme loco? Lo que hace es bajo, vergonzoso, infame.

El desconocido frunció las cejas.

—Usted abusa. Tanto más que no tiene el menor reproche que hacerme. ¿Le he engañado sobre el valor de mi dirigible? ¿Puede negar su superioridad? Y el cañón ¿tiene algún defecto? ¿No tiene ventaja sobre el primero?

—No niego nada de eso, pero debía usted presentarme la coraza al mismo tiempo que el dirigible.

—Pero, replicó friamente el inventor, el desarrollo, la transformación de los instrumentos de guerra ha de ser normal, metódica. No puede efectuarse ni a saltos ni a botes.

El general y el inventor sentados frente a frente calláronse durante algunos minutos. El primero reflexionaba; el segundo fumaba un cigarro. El general hubiera todavía manifestado de buena voluntad su deseo de que otro hubiese inventado la coraza, pero temiendo que el desconocido le propusiera de nuevo salir, hacerse afeitar los bigotes y presentarse después como si fuesen dos desconocidos, se contentó con suspirar y preguntó:

—¿Cuánto?

—Un millón.

—¿No es bastante medio millón?

—En otra parte me darían dos, contestó el inventor.

—¡Dios! ¿Es un hombre lo que tengo delante de los ojos? Vamos. Está bien; he aquí otro millón. ¡Nos arruina usted!

El desconocido, tomando el cheque, apretó la mano del general y dirigióse hacia la puerta.

—Escuche usted, dijo este último deteniéndole. Su cara manifiesta angustia. ¿Está usted bien convencido de que el dirigible no tiene nada que temer?

El hombre sonrió hipócritamente.

—De mi cañón. Sin duda alguna está al abrigo de sus golpes.

—¿De modo que puedo tener seguridad en la solidez de la coraza?

—¡Oh, sí! A menos que nuevos aparatos, poseyendo una fuerza de destrucción particular, no sean inventados.

—Pero semejante cosa es imposible, dijo el general sobresaltado.

—De ningún modo. Los inventarán.

—¡Dios todo poderoso! ¿Cuándo?

—Es cosa hecha.

—¿Por quién?

—Por mí.

—¡Ah, nombre... de Dios! ¿Por qué haberse callado sobre esto?

—Me parece que se lo participo a usted. Sinceramente lo declaro: habrá de estos aparatos. Los he inventado.

El general se echó a reir, pero su risa era mala.

Y naturalmente, vendrá usted a ofrecérnoslos. ¿Sí, no es esto? Y cuando les habremos comprado, nos dirá, gesticulando, que ha inventado una nueva coraza de una fuerza de resistencia extraordinaria para evitar los golpes de esos aparatos.

—Sí; contestó el desconocido completamente de acuerdo.

—¿Y nos la cederá usted a cambio de su millón fatídico, para inventar después un nuevo cañón capaz de hacerla pedazos?

—Sin duda alguna.

El general, arrancándose un mechón de pelos, púsose a rugir:

—¡Que el infierno tenga su alma, maldito! Nos ha atraído usted a un callejón sin salida, donde nuestro país debe capitular, con la cabeza baja, corriendo a su ruina y a su aniquilamiento. En verdad, ¿quién es usted? Dígalo para poder señalarlo a la maldición de todos.

El desconocido enderezóse bruscamente. Las líneas de su faz se entristecieron y su labio inferior era agitado por un estremecimiento, indicio de sufrimiento:

—Puede usted, como quiere, lanzarme el anatema, dijo. Eso no contribuirá de ningún modo a hacerme más juicioso ni más malo. No le ocultaré mi nombre: si poseyera un poco más de raciocinio habría ya adivinado que soy la encarnación de la lógica, la razón humana hecha hombre. Su potencia de razonamiento debe ser muy limitada y no le permite ver que su país se arruina en diez años o en cinco minutos con compras de armamentos de guerra... Es ese mismo tiempo el genio humano que usted tiene delante. Y quiere, desgraciado, cubrirlo de injurias y de oprobio! Cierto, sé muy bien que no hay por qué inmiscuirse en su modo de obrar, ni tratar de guiarle. Cada cual se arruina a su manera, obedeciendo a sus gustos, a su temperamento. No es usted de esos que se arruinan de una vez sin inquietudes ni enredos... Adiós, pues.

Y el desconocido, haciendo crugir la puerta detrás de él, se precipitó a la calle.

ARKADI AWERSCHENKO

Trad. de C. PUIG.

A nuestros lectores

Continuando con carácter general la huelga de los obreros tipógrafos, excepto en los periódicos diarios, y no sabiendo cuando terminará, pues los obreros no cederán en lo principal de sus pretensiones, dada la unanimidad de criterio y entusiasmo que entre ellos reina, hemos decidido resolver de plano la cuestión de la impresión de TIERRA Y LIBERTAD.

Como quiera que hace tiempo que estudiábamos la manera de ensanchar el tamaño del periódico para poder dar cabida a mayor cantidad de original, la huelga actual nos ha dado la solución.

Continuaremos publicando el periódico en la misma forma que el presente número, que por estar hecho en máquina de componer y tirado en rotativa no altera el precio de su coste.

Con la variación del tamaño y calidad del papel, no podremos continuar la publicación, en folletín, de la comedia «La Epidemia», pero desde el número 64 comenzaremos la publicación del magistral drama en cinco actos, de Enrique Ibsen, titulado «Un enemigo del pueblo», drama de cuya intensidad podrán formarse idea nuestros lectores por la Conferencia preliminar leída con motivo de su primera representación en Barcelona, y que publicaremos en el próximo número.

Creemos que esta nueva forma del periódico será vista con agrado por todos, pues TIERRA Y LIBERTAD resultaba pequeña para las necesidades que por su relativa gran circulación se había creado.

El peligro clerical

La esclavitud más odiosa y que se rinde más insoportable al hombre es, indudablemente, aquella que sus acreedores la desearon eterna y que e idiotamente los sucesores de éstos querrían perpetuar: la religión que anula a los individuos con desmérito de su carácter y de su espíritu; que convierte al hombre en un miserable siervo sin conciencia de su personalidad y que lo priva de toda fuerza de iniciativa en la vida.

Nosotros, que no reconocemos superior a nuestra razón ninguna divinidad, ningún dios arquitecto del universo, pero sí las leyes de la natura infinita y eterna, pensamos que solamente éstas son y deben ser las leyes de la vida individual y social. Si sabemos seguirlas, interpretarlas y comprenderlas no caeremos en error.

Por eso refutamos nuestra obediencia a cualquier poder fantástico; no hacemos culto de los muertos, como nuestros prehistóricos antepasados ó como los pueblos oscurantistas del presente; no hacemos tributo de nuestra adoración a las entrañas de una virgen como hacen, a semejanza de ciertas tribus salvajes, los adoradores y los ministros de un dios que nuestra mente ignora.

Las leyes morales emanan de las leyes de la naturaleza y de la vida y pensamos que no hay en el tiempo y en el espacio más vida que la humana. La vida real que se realiza en los siglos y no en la eternidad o en el más allá, que es una invención tendenciosa de la religión.

No lloraremos nuestro nacimiento como una desventura, pero sí queremos gozar de la vida. Conocemos el bien y el mal y por eso elaboramos la perfección de nuestra existencia aumentando nuestro bienestar, eliminando el mal a beneficio de todos los hombres.

En nombre de estos principios y guiados por esta convicción, hemos emprendido la lucha contra los enemigos del libre pensamiento, que son los enemigos de la vida. Y hoy que se coalizan contra nosotros todas las ignorancias, todas las prepotencias, todos los egoísmos y los más bajos intereses, reafirmamos esos propósitos nobles, esos sanos principios.

La lucha que sostenemos no es la misma que libraron los herejes cuando pedían en favor de la libertad de conciencia la tolerancia de sus creencias. No. Hoy, luchamos por la emancipación absoluta é integral de todos los credos, cualquiera sea la religión a que pertenezcan. Si nos emancipamos de esa virtud del pensamiento podemos emanciparnos de la tiranía clerical, ejercida en todo el mundo por el «gran padre» de Roma.

No obstante — a pesar de nuestra oposición — el clero sigue siendo el amo del pueblo, de nuestras mujeres, de nuestras hijas y también de nuestras escuelas.

Tenemos, entonces, ante todo, un deber supremo: la educación libre del pueblo, la educación exenta de todo dogma pernicioso, la educación que predisponga a nuestros jóvenes hijos a una nueva vida y a mas humanos propósitos.

Es una ilusión creer que sean suficientes eficaces nuestros congresos obreros y nuestra propaganda libertaria para marcar un nuevo rumbo al pensamiento humano, para transformar el pensamiento que dominan desde tiempo inmemorial al espíritu social.

Primeramente urge pensar en la educación de nuestras hijas, futuras mujeres y madres, que en demasía y por general aberración, en todos los países católicos son confiadas a la educación de los conventos o puestas al cuidado de viejas abuelas, que perpetúan en la familia las caducas ideas y el espíritu religioso, mirando con asco y odio a todo lo que es nuevo y libre.

Siendo la mujer la realmente indicada a cambiar y transformar el mundo del alma, hay que rescatarla para nuestra causa, si deseamos progreso y emancipar de todo prejuicio el pensamiento humano.

Mas no es esto todo; sería obra casi estéril si nuestra acción se limitara a la lucha para la única emancipación del espíritu. El hombre no sería libre si solo consiguiera la libertad de pensar. La libertad debe ser integral, es decir: además de moral, también económica y social. Libertad de alma y libertad de cuerpo: libertad de pensamiento y libertad de acción.

Cuando esta integral emancipación se cumpla, el hombre no será víctima de la tiranía política y económica, ni de la crueldad de la guerra; puesto que solo entonces, tendrá fuerza de razón para rebelarse a las órdenes que la conducen a ese desastre humano y sabrá despreciar a los dioses que hoy, por boca de sus ministros, protejen y bendicen los ejércitos y las guerras.

Al final del escabroso camino que recorremos, vemos un deslumbrante porvenir: nuestras miradas se pierden en el sereno horizonte de la paz universal y nuestras convicciones nos auguran una nueva sociedad sin trabas, sin prejuicios, libre y humana.

JOSE SERGI

La libertad en Francia

La republicana Francia, que como si se sintiera avergonzada de haber proclamado los derechos del hombre hace 120 años, se ha convertido en lacayo de todas las monarquías, incluso las absolutistas, para congraciarse con ellas, apela a toda clase de servilismos.

Estábamos acostumbrados a que con motivo de los viajes de los reyes se molestara por la policía a todos los que honradamente hacen profesión de sus ideas avanzadas, pero lo ocurrido en Francia con ocasión del último viaje del rey de España a París, ha rebasado los límites de cuanto puede suponerse en los serviles del gorro frigio.

Registros, detenciones, expulsiones, violación de correspondencia, todo cuanto puede suponer deseos de agradar al amo ha sido puesto en práctica por las autoridades francesas. Y esto no se hacía solamente contra los anarquistas, sino contra todos los trabajadores de nacionalidad española.